

desde una ventana la tempestad de luces que lanzaba la nieve y que a él lo convertía en estatua. Cerca una joven acuática, sus sienes eran lunas pequeñas y su bata olas cambiantes. Dionisia recuperaba trozos de su perdida memoria en esa habitación de muros sucios y personajes irreales y opacos... Sí, alguna vez viajó al extranjero y los árboles, los tejados, las calles y los ríos también eran azules y lunares. Nadie podía imaginar la variedad del sol convertido en millares de rayos y la increíble luminosidad de la luna repartida en formas nevadas por los cielos múltiples. Dentro de esa perdida memoria los ángeles flotaban en las catedrales, las vírgenes abandonaban sus altares para avanzar con paso leve por avenidas de luz abiertas en el espacio cerrado de las naves. Los mendigos eran de cristal y sus manos tendidas lanzaban luces que iluminaban los pórticos de los palacios y las encrucijadas de las calles... Sí, su memoria perdida era azul, sembrada de torbellinos de nieve, de ventiscas, de astillas de cristal y espirales de granizo. Tal vez existían memorias de colores diferentes. Había memorias verdes como madreselvas y memorias rojas como los trajes de los cardenales También había memorias amarillas como los girasoles o las túnicas de los monjes budistas. Ella los había visto y sus figuras alargadas guardaban en el centro a una mandarina congelada bajo un torrente de jacintos... Dionisia no estaba muy segura de cómo eran las memorias de los otros, sólo estaba segura de cómo había sido la suya antes de perderla para siempre.

Oficio de tinieblas*

(fragmento)

Rosario Castellanos

El lugar que las deidades de los antepasados escogieron manifestarse está después de una distancia larga. Pero no importa. Camina tú adelante, venteador. En la vereda angosta te seguiremos. Detente aquí, a respirar; porque la cuesta es áspera y no termina pronto. Defiéndete del aguacero al cobijo de aquellos árboles copudos, en aquella enramada bajo la que se guardan las ovejas. ¡Cuidado! No vayas a resbalar en el lodo ni a tropezar con la piedra. Acomódate bien el fardo para que la ofrenda llegue cabal: incien-

* Rosario Castellanos, "Oficio de tinieblas", en *Obras, v. I, Narrativa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Letras Mexicanas), pp. 555-556.

so silvestre, pom, el humo que se deshace en alabanzas; velas de cera, lentas para arder; medidas de aguardiente que suscitan en quien las bebe la fluidez de la oración. ¿Acaso ignorabas que siempre que Dios mira con malevolencia al mundo y quiere destruirlo (porque lo irritan nuestros pecados, porque se avergüenza de nuestra miseria), los hombres lo aplacan con estos regalos? Dios establece su alianza entre libaciones sagradas, entre luces mortecinas, entre salmodias agradables; eso lo saben quienes pactan con él, los que escuchan sus mandatos y sirven de guía al pueblo.

Lo que dice Catalina Díaz Puiljá, lo repiten quienes van tras ella. Si antes conociste la gruta en que aparecieron los dioses, ya no acertarías a reconocerla. Mira: donde no había más que monte y maleza hay caminos, caminos frecuentemente andados. Y el interior, una vez oscuro y húmedo, ahora está limpio, regado y oloroso de juncia. En el centro ¿qué se levanta? Es una caja de madera, una especie de altar donde reposa el ídolo. La caja es tosca, está mal cepillada y si no la manejas con precaución te astillas los dedos. Pero es que la han hecho aquí las manos de los indios.

No cabe duda de que en Jobel hay mejores operarios. Pero no es bueno profanar nuestras ceremonias, permitir a los caxlanes que se mezclen en ellas. Nadie extraño debe tocar ni una tabla. Las velas, el trago, también los hemos hecho nosotros. Y, eso que envuelve al santo ¿qué es? Es un chal. Vino de lejos, de Guatemala; fue tejido allá también por manos de indios. Tiene, además, una virtud: ha sido propiedad de una mujer que tiene fuego en la cabeza; llamaradas le brotan, se le derraman por la espalda y no la queman. No receles maldad de ella, no es coleta, no es de Ciudad Real. Es extranjera y esposa de nuestro protector y padre Fernando Ulloa. Se llama Julia Acevedo.

Entre los caprichosos colores del chal ¡cómo resalta la negrura pétrea del ídolo! Mira su rostro inmóvil, su boca sellada, sus ojos fijos en un día que no existe. Ha renacido aquí, en medio de nosotros, y sin embargo ¡qué distancia de estrella hay entre su oído y nuestro lamento!

De Huistán y Yalcuc, de Jolnautic y Yaltem, de Zacampot y Milpoleta, de todos los puntos hemos llegado. El hilo de lágrimas que sala una mejilla se une al otro hilo de lágrimas y al otro y al otro, para desembocar aquí, para anegar el llano, para cubrir el cerro.

Y el dios ¿acaso se conmueve? ¿Acaso dice: ¡basta! Ha renacido, es verdad; es verdad que ante nosotros yace. Pero olvidó nuestro idioma y ya no acierta a hablarnos. Calla tú también, peregrino. Inútilmente gritas; tu cosecha de maíz no ha de bastar, por eso, al hambre de tus hijos; tus deudas engordarán al patrón y las potencias malignas se cebarán, como siempre, en tus rebaños. Y tú, mujer, ¿qué cuchicheas en un rincón? Más te valdría cerrar los labios. ¿La atajadora te arrebató la tela que tejiste? Paciencia, espera